



## CAPITULO VII

FOMA FOMITCH

**C**ON atenta curiosidad examiné á aquél á quien Gravilo había calificado justamente con dureza. Era de estatura exígua; el pelo de un rubio claro y canoso; tenía muchas arrugas por toda la cara y una verruga enorme en el menton; frisaría en los cincuenta años. No me sorprendió verle presentarse en traje de casa, es cierto, en traje de casa y con zapatillas. El cuello de su camisa estaba doblado como el de los niños, lo que le daba un aspecto extremadamente ridículo. Se dirigió al sillón desocupado, lo acercó á la mesa y se sentó sin decir nada á nadie. El tumulto, la emoción que reinaban antes de su llegada se habían tornado de pronto en un silencio tan grande que se habría oído el vuelo de una mosca.

La generala se amansó como un cordero, pobre idiota que dejaba ver toda su adoración; le devoraba con los ojos mientras la señorita Perepelitzina sonreía sarcásticamente y se frotaba las manos y la pobre Prascovia Ilinitchna temblaba de terror. Mi tío se multiplicaba.

—El té, el té, hermana. Con mucho azúcar; á Foma Fomitch le gusta el té muy dulce después de la siesta. ¿Con mucho azúcar, verdad Foma?

—¡Quién piensa en el té!—dijo lenta y dignamente Foma, agitando la mano con ademán preocupado.—¡No se ocupan ustedes más que en frivolidades!

Aquellas palabras de Foma y lo ridículo de su entrada pedantesca, me interesaron prodigiosamente. Sentía curiosidad por ver hasta donde llegaba la insolencia de tal individuo y su desprecio de la más elemental cortesía.

—Foma—repuso mi tío,—te presento á mi sobrino Sergio Alexandrovitch que acaba de llegar.

Foma Fomitch me miró de pies á cabeza y sin concederme la más ligera atención, dijo luego de un largo silencio:

—Me extraña que se dedique usted á interrumpirme sistemáticamente. Le hablo de asuntos serios y usted me contesta sabe Dios qué... ¿Ha visto usted á Falalei?

—Si, lo he visto, Foma.

—¡Ah! ¿Le ha visto usted? Pues se lo enseñaré otra vez si lo ha visto. Admírese en su criatura, en el sentido moral de la palabra. Vamos, acércate, idiota; acércate geta de Holanda, ven, no tengas miedo.

Falalei se adelantó lloriqueando con la boca abierta y tragándose las lágrimas. Foma Fomitch le contemplaba con voluptuosidad.

—Si, Pablo Semionovitch, le he llamado intencionadamente geta de Holanda,—dijo incorporándose en el sillón y volviendo ligeramente la cabeza del lado de Obnoskine, sentado cerca de él.—En general yo no creo útil atenuar mis expresiones. La verdad debe ser la verdad y por mucho que se oculte, el fango no deja de ser fango. ¿A qué sirven las atenuaciones? Para mentir á los demás y mentirse á si mismo. Sólo en la cabeza vacía de un hombre de mundo ha podido germinar una idea tan absurda como la de la necesidad de las conveniencias. A ver, sírvame usted de testigo. ¿Qué belleza encuentra usted en esto? Digo belleza noble, elevada.

Hablaba con voz dulce, lenta, indiferente.

—¿Belleza en él?—dejó caer Obnoskine con el más insolente abandono.—Me hace el efecto de un trozo de carne, ni más ni menos.

—Me acerco al espejo y me miro—prosiguió solemnemente Foma.—Estoy lejos de considerarme una belleza; pero he tenido que llegar á la conclusión de que en mi mirada gris hay algo que me distingue de un Falalei cualquiera. Expresa pensamiento, vida é inteligencia. No trato de exaltarme personalmente; mis palabras se aplican á la generalidad de los hombres de nuestra clase. ¿Creen ustedes que se pueda encontrar la menor partícula de alma en ese *beefsteak* ambulante? Note usted, Pablo Semionovitch, como *estos hombres* totalmente privados de ideal y de pensamiento y que sólo comen carne, tienen un color fresco, pero de una frescura grosera, repugnante, animal. ¿Quiere usted saber el valor exacto de sus facultades intelectuales? A ver tú, esa cosa que está ahí, acércate un poco que te admiremos ¿por qué abres la boca de ese modo? ¡Vas á tragarte una ballena? ¿Eres guapo? Contesta: ¿eres guapo?

—¡Soy... guapol—contestó Falalei entre sollozos ahogados.

Obnoskine lanzó una carcajada.

—¿Lo ha oído usted—gritó triunfante Foma.—Todavía será capaz de decir más He querido examinarle. Hay que tener en cuenta Pablo Semionovitch que existe un complot para perder á este pobre idiota. Acaso mi juicio sea severo

y me equivoque; pero yo no hablo más que por amor á la humanidad. Acaba de entregarse al baile más indecente. ¿Quién se preocupa aquí de eso? Escucha, vamos, contesta ¿qué hacías? ¡Contesta! ¡Contesta inmediatamente!

—He bailado—sollozó Falalei.

—¿Y qué bailabas? ¿Qué baile? ¡Habla!

—La Kamarinskaia.

—¡La Kamarinskaia!

—¿Y quién fué el tal Kamarinski? Procura darnos una contestación fácil y que nos explique quién era Kamarinski.

—Un aldeano.

—¿Un aldeano? ¿Nada más que un aldeano? Me llenas de asombro ¿Fué un aldeano célebre, en cuyo honor se han compuesto canciones y bailes? ¡Vamos contestal

Atormentar era en Foma una verdadera necesidad. Jugaba con su víctima como un gato con un ratón; pero Falalei callaba y lloriqueaba, sin conseguir comprender la pregunta.

—Contesta—insistía Foma.—Te preguntan quién era ese aldeano. ¿Pertenece á algún Señor? ¿A la Corona? ¿Al Concejo? ¿Era libre? Porque hay diferentes clases de aldeanos.

—Al Concejo.

—¡Ah, al Concejo! Ya lo oye usted, Pablo Semionovitch. He aquí un punto histórico dilucidado. El mujik Kama-

rinski pertedecía al Concejo. Y ¿qué ha hecho ese aldeano? ¿Qué hazañas le valieron los honores de la canción?

La pregunta era delicada y hasta peligrosa para dirigirla á Falalei.

—Bien... pero... sin embargo...—intervino Obnoskine, dirigiendo una mirada á su madre que ya empezaba á impacientarse.

Pero ¿qué hacer? los caprichos de Foma eran ley.

—Por favor tío, si no detiene á ese hombre imbécil ya ve donde quiere llegar. Falalei es capaz de decir cualquier cosa seguramente—dije al oído de mi tío que todo perplejo no sabía que partido tomar.

—Dí, Foma si... Te presento á mi sobrino que ha estudiado mineralogía.

—Coronel, le ruego que no me interrumpa con su mineralogía, de la que acaso entienda usted tanto como otros. Yo no soy un niño. Verán ustedes como va á contestarme que en vez de trabajar para alimentar á su familia, el aldeano en cuestión se emborrachó, y olvidando sus pieles en la taberna, echó á correr por las calles completamente beodo. Tal es el asunto divulgado de ese poema que glorifica el vino. No se impacienten ustedes. Ahora ya sabe lo que debe contestar. Contesta. ¿Qué ha hecho ese aldeano? Ya te he apuntado, te he puesto

en la boca la contestación. Pero quiero ófrtela á tí mismo: ¿qué ha hecho? ¿A qué debe la gloria inmortal que cantan los trovadores? ¡Veamos!

El infortunado Falalei miraba á todas partes con angustia. No sabiendo que contestar, abría y cerraba alternativamente la boca como un pez recién pescado que agoniza sobre la arena.

—¡Meda vergüenza decirlo!—aventuró por fin en el colmo de la desesperación.

—¡Ah, se avergüenza de decirlo!—exclamó Foma, triunfante.—Eso es lo que yo quería hacerle confesar. Se avergüenza de decirlo, pero no de hacerlo. La moral que usted ha sembrado empieza á fructificar, y usted sigue fomentándola. Pero basta de palabras; á la cocina, Falalei. Por el momento ya no te diré más, por respeto á las personas que nos acompañan, pero te aseguro que serás hoy mismo cruelmente castigado. Si se me prohíbe, si también esta vez te ponen por encima de mí, entonces aquí quedarás tú para consolar á los Señores, bailándoles la Kamarinskaia; yo por mi parte abandonaré inmediatamente esta casa. No tengo más que decir. ¡Vete!

—Me parece que es usted un poco severo,—advirtió blandamente Obnoskine.

—En efecto, es cierto—exclamó mi

tío.—Pero se detuvo de pronto y se calló. Foma le envolvía en una mirada sombría.

—Me parece extraña, Pablo Semionovitch, la actitud de los escritores contemporáneos, de todos esos poetas, sabios y pensadores, declaró. ¿Cómo no se preocupan de las canciones que canta en sus bailes el pueblo ruso? ¿Qué han hecho hasta ahora todos los Pouchkine, Lermontof y Borozdine? Me hace pensar eso. El pueblo baila la Kamarinskaia, esa apoteosis de la embriaguez, y entre tanto ellos entonan canciones al miosotis. ¡Es toda una cuestión social! ¡Que me muestren, si quieren, un aldeano, pero un aldeano sublime y no un aldeano á secas! Que lo describan en toda su sencillez, aunque sea calzado con laptis <sup>1</sup>, hagámosles esta concesión, pero lleno de todas las virtudes que podría envidiar hasta cualquier Alejandro de Macedonia ruso y demasiado célebre, lo digo francamente. Conozco Rusia y Rusia me conoce; por eso no he vacilado en hablar así. Que me enseñen á ese aldeano de cabellos blancos, cargado de familia, hambriento y sofocado en su izba, pero contento, sumiso y sin envidia para el dinero de los ricos. Que compadeciéndose de él, el rico le lleve

1) *Laptis*, Sandalias que se hacen de corteza de álamo.

algún dinero y que se vea de este modo la virtud del aldeano asociarse á la de su dueño, el gran señor. Estos dos hombres tan separados en la escala social se encontrarían, por fin, en la virtud. ¡Es una gran idea! Pero ¿qué es lo que vemos por el contrario? De un lado, los miosotis, y de otro el aldeano, todo harapiento y dando tumbos de la taberna á la calle. ¿Qué hay de poético y de admirable en eso? ¿Dónde está el ingenio? ¿Dónde la gracia? ¿Dónde la moral?

—Te debo cien rublos por esas palabras, Foma Fomich—dijo Ejevikine, fingiendo entusiasmo. Luego, añadió bajo:—Para lo que tengo... Pero hay que adular.

—Lo ha dicho usted admirablemente todo—afirmó Obnoskine.

—En efecto, sí, muy justo—exclamó mi tío que había estado escuchando con la atención más profunda y que me miraba con aire triunfal. Y frotándose las manos, añadió:

—¡Como ha tratado el asunto; su conversación es de una variedad...—el corazón de mi tío desbordaba; gritó:—Foma Fomitch, aquí tiene usted á mi sobrino; se lo presento. También se ha dedicado á la literatura.

Pero como ya había ocurrido antes, Foma no se cuidó de la presentación que mi tío le hacía.

—¡Por Dios, no me presente usted más! Se lo ruego seriamente—murmuré en tono decidido.

—Ivan Ivanovitch—repuso Foma, dirigiéndose á Mizinchikof y mirándole fijamente.—¿Ha oído usted? ¿Cual es su opinión?

—¿Mi opinión? ¿Me habla usted á mí? —dijo Mizinchikof, como un hombre á quien se acaba de despertar.

—Sí, á usted. Lo pregunto, porque yo solo concedo importancia á la opinión de las gentes verdaderamente instruidas y no á la de los talentos problemáticos cuya inteligencia toda consiste en presentarse en calidad de sabios y á quienes á veces se lleva á cualquier parte para hacer los polichinelas.

—Era tirar una piedra á mi jardín. No había duda de que Foma solo había abordado aquella disertación con el fin único de deslumbrarme, de reducirme á la nada, de aplastar al sabio de San Petersburgo, al espíritu fuerte. Estaba convencido de ello.

—Ya que tiene usted en cuenta mi opinión—dijo Mizinchikof,—sepa usted que comparto la suya.

—¡Como siempre! Esto llega á hacerse insoportable—notó Foma. Y se volvió nuevamente hacía Obnoskine, continuando:—Pablo Semionovitch, declararé que si yo admiro al inmortal Karam-

zine, no es por su *Marfa de Possade* ni por su *Antigua y nueva Rusia*, sino porque ha escrito *Frol Siline*, esa magnífica epopeya. Es una obra puramente popular que perdurará al través de los siglos. Es una obra épica sublime.

—Muy justo, muy justo. Una gran época, Frol Siline es un hombre de bien. Recuerdo haber leído que, después de haber pagado el rescate de dos muchachas, miró al cielo y lloró. ¡Es un rasgo sublime! Aprobó mi tío con regocijo.

¡Pobre tío! Nunca dejaba de aprovechar la ocasión de inmiscuirse en una conversación sabia. Foma sonrió sarcásticamente; pero no dijo nada.

—Por lo demás también se escribe admirablemente en nuestros días—apuntó Anfissa Petrovna, mezclándose prudentemente en la charla.—Ahí están *Los Misterios de Bruselas*.

—No soy de su manera de ver—contestó Foma,—como á pesar suyo. No hace aun mucho tiempo que he leído uno de esos poemas... ¡Qué! ¡No salen del miosotis! Si quiere usted saber cual es mi predilecto entre los nuevos escritores, le diré que sigue siendo el Perepistchik<sup>1</sup>; tiene una pluma ligera.

—¡Perepistchik!—exclamó Anfissa Pe-

1) *El Copista*, Seudónimo de un escritor,

trovna.—El que escribe cartas en el periódico? ¡Ah, es admirable! ¡Qué encanto de pluma!

—Precisamente juega, por decirlo así, con ella, que es de una ligereza sorprendente.

—Si; pero es un pedante—observó desdeñosamente Obnoskine.

—Pedante, sí, no me opongo; pero es un amable, un gracioso pedante. Sin duda ninguna de sus ideas podría soportar una severa crítica, pero se entrega uno á aquella pluma fácil. Un charlatán, lo concedo, pero un amable, un gracioso charlatán. ¿Se acuerdan ustedes, que en uno de sus artículos, dice que tiene propiedades?

—Propiedades—inquirió mi tío.—¡Ah, ah! ¿En qué Gobierno?

Foma se detuvo, miró un instante á mi tío, y continuó sin, cambiar de tono:

—Bien; yo pregunto: ¿Qué me importa á mí, lector, que tenga ó que no tenga propiedades? Si las tiene, que buen provecho le hagan! Pero todo está encantadora y gentilmente presentado. Es un talento luminoso que brota á borbotones; un manantial inagotable. Sí; así es como hay que escribir, y me parece que yo habría escrito del mismo modo, si hubiese accedido á escribir en los periódicos.

—Y acaso mejor todavía—añadió Ejevikine respetuosamente.

—Tendría su estilo algo de melodioso—dijo mi tío.

Pero Foma no se preocupó de eso.

—Coronel—dijo;—podría rogarle con la mayor cortesía, naturalmente, que no interrumpiese, y que nos dejáse proseguir en paz nuestra conversación? No puede usted entender nada de ella, ni está usted capacitado para dar su opinión; todo esto le está vedado. No turbe nuestra interesante charla literaria. Usted, beba su té y cuídese de regentar sus propiedades; pero deje á un lado la literatura; para ella no será una pérdida, se lo aseguro.

Era la última palabra de la insolencia. Ya no sabía qué pensar.

—Pero Foma, si tú mismo decías que había algo de melodioso en su estilo—exclamó mi tío lleno de angustia y de confusión.

—Sí; pero yo lo decía con conocimiento de causa; lo decía por algo. ¡Pero usted!—

—Sí, nosotros lo decíamos espiritualmente con conocimiento de causa—nos. tuvo Ejevikine, dando vueltas alrededor de Foma Fomitch.—Los que no tienen más talento, no tienen más que servirse del nuestro; nosotros tenemos para los dos ministerios, y todavía quedaría para un tercero. Somos así.

—Bien; acabo de decir una nueva tontería—concluyó mi tío con una sonrisa bonachona.

—Por lo menos, usted lo confiesa.

—¡Bien, bien! Foma, no me incomodo. Ya sé que cuando me haces observaciones es como un amigo, como un hermano. Yo mismo te lo he permitido; yo mismo te he rogado que lo hicieras. ¡Es por mi bien! Te lo agradezco y me será útil.

A mí se me había acabado la paciencia. Cuanto había oído contar hasta entonces acerca de Foma me había parecido exagerado. Pero después de aquella experiencia personal mi estupefacción no conocía límites. No daba crédito á mis oídos; no podía admitir la posibilidad de tal despotismo y de tal insolencia, por un lado, ni la de aquella esclavitud y aquella bonachonería, por el otro. En esta ocasión por lo demás, mi mismo tío estaba conmovido; se advertía claramente. Yo ardía en deseos de atacar á Foma, de medirme con él, de ser todo lo grosero que fuese preciso, sin cuidarme de las consecuencias. Este pensamiento me excitaba enormemente. En mi afán de acechar una ocasión había destrozado completamente las alas de mi sombrero. Pero la ocasión no se presentaba; Foma seguía positivamente decidido á no verme.

—Tienes razón, Foma—continuó mi tío esforzándose visiblemente por recobrar y por destruir la impresión desagradable producida por la algarada.—Tiene usted razón, Foma, y yo le doy las gracias. Hay que conocer los asuntos antes de discutir sobre ellos; lo confieso. No es la primera vez que me encuentro en semejante situación. Imagínate, Sergio, que una vez tuve que ser examinador... ¿Se ríen ustedes? ¡Les juro que he examinado! Me habían invitado en un establecimiento escolar para presenciar los ejercicios y se me había colocado al lado de los examinadores, tanto por honrarme como porque había allí un sitio vacío. Confieso que no estaba orgulloso; no conocía ninguna ciencia y esperaba constantemente que me llamasen al encerado. Pero, poco á poco, me envalentoné y me puse á hacerles preguntas á los alumnos, que en general contestaban muy bien; á uno de ellos le pregunté quién había sido Noé... Comimos después del exámen y bebimos champagne. Era un establecimiento muy distinguido...

Foma Fomitch y Obnoskine se reían de risa.

—También yo me reía luego—exclamó mi tío entre carcajadas y feliz al ver que la alegría había retornado.—Escucha Foma, voy á contarles lo que me sucedió

una vez... Imagínate, Sergio, que estábamos de guarnición en Krasnogorsk...

—Coronel, ¿va á ser muy larga la historia?—interrumpió Foma.

—¡Oh! Foma, es una historia divertidísima. Hay para morir de risa. Escucha, ya verás.

—Yo escucho siempre sus cuentos con gusto, por poco que respondan al programa que acaba de trazarnos usted —dijo Ohnoskine bostezando.

—Ya no hay más que escuchar—dició Foma.

—Te juro que será muy divertida, Foma. Voy á contar el desatino que hice aquella vez. Escucha tú también, Sergio; puede serte útil. Estábamos en Krasnogorsk—continuó mi tío, feliz y radiante hablando precipitadamente y en frases cortadas, como le ocurría siempre que hablaba para un público. Apenas llegué á aquella población, fué por la noche al teatro. Había entonces allí una actriz notable que se llamaba la Kouropatkina y que se fugó con el oficial Zverkof antes del final de la obra; por cierto que hubo que bajar el telón sin que terminase la representación. ¡Qué canalla aquel Zverkof! No hacía más que beber y jugar y no porque fuese un borracho sino para pasar un rato con los compañeros. Pero así que empezaba á beber se olvidaba de todo. Era un

buen chico... Me dedico á ver la función. En el entreacto encuentro á mi antiguo compañero Kornsoukhof, un hombre único que había hecho la campaña y estaba condecorado; más tarde supe que había seguido la carrera civil y que ya es Consejero de Estado. Encantados de encontrarnos nos pusimos á charlar. En el palco próximo estaban sentadas tres señoras; la de la izquierda era de una fealdad que asustaba... Luego me dijeron que era una excelente mujer, una buena madre de familia, que había hecho muy feliz á su marido... Yo como un imbécil dije á Kornsoukhof: «Oye, ¿conoces á ese espanta-pájaros?—¿Cuál?—|Esa señora que está ahí!—|Es mi prima!...—|Demonio! Ya juzgarán ustedes mi situación. Para reparar el desatino añadí:—«No, no es esa; la del otro lado; mira.—|Es mi hermana!—Y su hermana era bonita como un angel, de una distinción absoluta; iba vestida con elegancia; llevaba broches, pulseras, guantes, en una palabra, era un verdadero querubín. Se casó más tarde con un excelente sujeto que se llamaba Pitkine; se fugó y se casó con él sin consentimiento de sus padres.—Hoy todo está bien; son ricos y los padres están satisfechos... Bueno, pues, entonces no sabiendo donde meterme, le dije de nuevo:—«No, hombre, no es esa, es la otra, la de

enmedio.—¡Ahl! ¿La de enmedio? ¡Es mi mujer! ..»—Entre nosotros: era una monada .. Se la habría uno comido... —«Bien—le dije—si no has visto nunca un imbécil ahora se te presenta ocasión de verlo. Puedes cortarme la cabeza sin remordimiento.»—Se echó á reír. Me presentó á aquellas señoras, después de la función y seguramente les había contado la historia, porque se reían sin cesar. Yo nunca he pasado mejor rato. Ya ves, Foma, lo que puede ocurrirnos.

Mi pobre tío se reía en vano; en vano paseaba en torno suyo su mirada buena y alegre. La divertida historia cayó en un silencio de muerte. Foma Fomitch callaba tristemente y los demás le imitaban. Únicamente Obnoskine sonreía previendo la que esperaba á mi tío.

Yegor Ilitch se ruborizó y se llenó de turbación. No esperaba Foma otra cosa.

—¿Ha terminado usted?—preguntó al narrador con austeridad.

—Si, he acabado, Foma.

—¿Y está usted satisfecho?

—¿Cómo satisfecho? ¿Qué quiere decir?—interrogó con ansiedad mi tío.

—Se habrá quedado usted descansado ¿verdad? Estará usted contento por haber deshecho la conversación interesante y literaria de sus amigos para regocijo de su mezquino amor propio.

—Pero Foma, yo quería entretenerles á ustedes.

—¡Entretenernos!—exclamó Foma enardeciéndose repentinamente.—¡Entretenernos! ¡Si no consigue usted más que aburrirnos! Y ¿sabe usted que su anécdota es casi inmoral? No me refiero á la inconveniencia, claro está. Acaba usted de confesar con la mayor grosería de sentimientos que se había usted burlado de una señora porque no había tenido la dicha de agradaarle. ¿Cree usted que debemos reírnos y aprobar su conducta porque sea usted el dueño de la casa? Le agrada á usted coronel estar siempre rodeado de aduladores, de compadres y de gorriones; hasta les hace usted venir de muy lejos para aumentar su corte, en detrimento de la franqueza y de la nobleza del alma; pero Foma Fomitch Opiskine no será nunca su cortesano ni su parásito. Se lo garantizo.

—Foma, no me has entendido

—No, coronel; hace mucho tiempo que le he penetrado. Usted es para mí transparente. Víctima del amor propio más desatinado, pretende usted tener talento, olvidándose de que el talento se eclipsa detrás de las pretensiones...

—Pero, acaba, Foma. ¿No siente usted vergüenza de hablar así delante de todos?

—La vista de todo esto me apena, coronel; pero aun viéndolo, no acertaría á callarme. Soy pobre y su madre me da hospitalidad. Si me callo se creería que trato de adularle y no quiero que nadie pueda considerarme como un lameplatos. Acaso cuando entré aquí haya exagerado mi franqueza; acaso haya llegado á la grosería; pero es porque me pone usted en una situación penosa. Usa usted conmigo de tal arrogancia que podría tomármese por su esclavo. Siente usted placer en humillarme ante los extraños cuando yo soy su igual ¿entiende usted? su igual bajo todos conceptos. Y es posible que sea yo quien le haga servicio viviendo en su casa en vez de ser usted mi protector. Se me humilla, me veo obligado á elogiarme yo mismo. Me es imposible callarme; debo hablar y protestar sin dilación y denunciar á donde llega su fenomenal envidia. Ve usted que en una conversación particular he podido exhibir mis conocimientos, mi gusto, la gran extensión de mis lecturas, pues ya está usted incomodado, no puede usted soportarlo. Y en seguida quiere usted hacer exhibición de sus conocimientos y de su gusto. ¡Su gusto! Permítame que le pregunte ¿qué gusto tiene usted? Entiende usted de belleza tanto como entiende un buey de carne; perdóneme la brutalidad de la imagen

que por lo menos tiene el mérito de ser justa y franca. No son sus cortesanos, los que le hablarán así, coronel.

—¡Ah, Foma!...

—¡Ah, Foma! Sí, ya sé yo que casi siempre parece demasiado dura la verdad. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Entre tanto yo también me propongo distraer un poco á la reunión... Diga usted, Pablo Semionovitch, ¿ha visto usted nunca monstruo semejante bajo apariencia humana? Le estoy observando hace tiempo. Mírenle; parece como si quisiera comerme crudo.

Se trataba de Gavriilo, el viejo criado, quien, de pie, junto á la puerta asistía con tristeza á los malos tratos que se infligían á su señor.

—Pablo Semionovitch; me propongo hacer representar ante ustedes una comedia. ¡Eh, tú, cuervo, acércate! Dígname acércate, Gavriilo Ignatich! Aquí tiene usted, Pablo Semionovitch, á Gavriilo, condenado á aprender francés como castigo á su grosería. Yo soy una especie de Orfeo. Endulzo las costumbres de este país, no con la música, sino por medio de la enseñanza del idioma francés. Veamos como va ese francés. ¿Sabes la lección?

—Sí; la he aprendido—contestó Gavriilo, bajando la cabeza.

—Y ¿sabe usted hablar en francés?

—Voui, moussié, jé parle in pé...

Fuera el aspecto triste de Gavriilo ó el deseo de excitar la hilaridad que adivinábamos en Foma, el caso es que todos nos echamos á reir. Anfissa Petrovna se repantigó en su sillón, lanzando chillidos de pavo real y cubriéndose la cara con el abanico. Pero lo más divertido fué que al ver Gavriilo el aspecto que tomaba el exámen, no pudo contenerse y escupió en el suelo, murmurando en tono de reproche:

—¡Y pensar que tengo que soportar esta vergüenza á mi edad!

Foma Fomitch se conmovió.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Te lanzas á la insolencia?

—No, Foma—contestó Gavriilo con dignidad;—no soy insolente; un aldeano como yo no tiene derecho á ser insolente hacia un señor de nacimiento como tú. Pero Dios ha creado á los hombres á su imágen. Tengo sesenta y dos años cumplidos. Mi padre recuerda á Pougatchof y mi abuelo fué ahorcado en el mismo árbol que su señor Matevei Nikitich—Dios haya acogido en su seno aquellas almas—por el mismo Pougatchof, circunstancia á la que debió mi padre el ser distinguido por el difunto señor Afanassi Matveitch que le hizo primero su ayuda de cámara y luego *maitre d'hotel* de la casa. Por mi parte yo, Foma Fo-

mitch, á pesar de ser un criado, no he sufrido nunca semejante vergüenza.

Al pronunciar las anteriores palabras Gavriilo separó las manos y bajó la cabeza. Mi tio le observaba con inquietud.

—Vamos, vamos, Gavriilo—exclamó—vamos, cállate.

—Todo eso no es nada—dijo Foma palideciendo ligeramente y esforzándose por sonreír.—Déjele hablar. Es el fruto de sus enseñanzas.

—¡Lo diré á todos!—continuó Gavriilo con animación extraordinaria.—Pueden atarme las manos pero no me atarán la lengua. Aun para un vil esclavo ese modo de tratarme es una ofensa. Debo servirte y respetarte porque he nacido en la servidumbre; debo cumplir con mis obligaciones trémulo de temor. Cuando tú escribes un libro, mi deber es no dejar entrar á nadie en tu cuarto; en eso consiste mi servicio. ¿Es preciso hacer algo por tí? Con el mayor placer. Pero, ¡por mi vejez! ¿voy á empezar ahora á hablar una lengua extranjera y á hacer el polichinela delante de las gentes? No puedo presentarme ante los criados. «¡Francés, francés!» me gritan. No, señor Foma Fomitch, no es sólo opinión mía esta; todas las gentes de bien, comienzan á decir á una voz, que se ha hecho usted muy malo y que nuestro

señor ya no es delante de usted más que una criatura y que, aunque sea usted hijo de un general, aunque pudiese usted mismo ser general, no deja por eso de ser un hombre perverso, odioso como una furia.

Gavrilo había terminado. Yo me sentía lleno de entusiasmo. Pálido de rabia, Foma Fomitch no podía recobrarse de la sorpresa en que Gavrilo le había sumido con su protesta inesperada; parecía consultarse á sí mismo sobre el partido que debía adoptar. Por fin, se produjo la explosión.

—¿Cómo? ¿Se atreve á insultarme? ¡A mí! ¡A mí! Es una rebeldía—rugió saltando de su silla.

La generala se levantó, á su vez, manoteando.

Aquello fué un increíble desconcierto. Mi tío se precipitó sobre el culpable para echarle fuera de la sala.

—¡A los hierros! ¡que le pongan en los hierros! Yegorovchka, mándale directamente á la ciudad y que sea soldado ó no tendrá mi bendición. Cárgale de hierros y échalo allá.

—¿Qué es esto?—gritaba Foma.—¿Un esclavo? ¿un caldeo? ¿un Hamlet? ¡A treverse á insultarme á mí, un hombre que no valdría para suela de mis zapatos! ¡atreverse á llamarme furia!

Me adelanté con decisión, y mirando á

Foma Fomitch en lo blanco de los ojos y trémulo de emoción, dije:

—Confieso que comparto por entero la opinión de Gavrilo.

Me asombré á tal extremo de mi salida que no podía dar crédito á mis oídos.

—¿Más aún?—vociferó con rabia, puesto de pie ante mí, devorándome con sus ojillos inyectados de sangre.—¿Quién es usted?

—Foma Fomitch...—murmuró mi tío, trastornado es Serioja, mi sobrino.

—El sabio!—exclamó Foma—¿es el sabio? ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad! *¡Journal des Debats!* A luchar con otros, amigo; esto no es San Petersburgo; ¡conmigo, no! Me río de sus Debates; son para usted; para nosotros no son nada. He olvidado siete veces, tanto como usted ha aprendido. Esa es la sabiduría de usted.

Creo que si no le hubiesen retenido, se echa sobre mí.

—¡Está borracho!—dije, dirigiendo á mi rededor una mirada de asombro.

—¿Quién? ¿Yo?—gritó Foma con voz alterada.

—Sí; usted.

—¿Borracho?

—¡Borracho!

Foma no pudo soportarlo. Lanzó un chillido estridente, como si le hubiesen extrangulado y dió un salto fuera de